

INSTRUCCION PARA LA MUJER

REVISTA QUINCENAL

Se publica los días 1.º y 16 de cada mes.

ALGUNAS OBSERVACIONES

SOBRE

LA EDUCACIÓN FÍSICA

Desenvolver los órganos y las fuerzas del cuerpo, dando á éste la belleza, la ligereza y la agilidad de que sea susceptible, conservando al mismo tiempo su salud y restableciéndola cuando por alguna causa se haya alterado, tal es el objeto de la *educación física*. Atendiendo á ella, procuramos poner en práctica la segunda parte del sábio aforismo de Juvenal: *Mens sana in corpore sano*, según el cual debe atenderse al desarrollo y la cultura del cuerpo, si queremos que el desarrollo y la cultura del alma se lleven á cabo en las debidas condiciones, y tengan una base completa.

Aunque el cuerpo se desenvuelve en parte, como el alma, mediante el poder que tiene nuestra naturaleza para desarrollarse espontáneamente, necesita también, como el espíritu, de una ayuda exterior, de una dirección que encauce y haga más fecundo su desarrollo espontáneo; esta dirección y esta ayuda se la dan la educación, como lo prueban los ejercicios y cuidados de carácter gimnástico é higiénico, mediante los cuales damos cierto desarrollo á determinadas partes del cuerpo ó á todo él; corregimos ciertas deformidades congénitas ó adquiridas; prevenimos determinadas enfermedades, y á veces las curamos. Estos hechos, cuya comprobación está al alcance de todo el mundo, nos revelan que, así como hay una educación del alma, es posible y hay también una educación del cuerpo, y que ésta es tan posible de realizar como lo es la educación del espíritu, en el cual parece que se piensa principalmente, por no decir de un modo exclusivo, cuando de educación se habla, por más que contra semejante exclusivismo depongan las definiciones que de la educación se dan, y las relaciones que existen entre el alma y el cuerpo, el cual, por otra parte, es susceptible de per-

fección y, en lo tanto, capaz de ser educado: esta capacidad entraña la posibilidad de la educación física.

Esto que acabamos de decir revela la importancia de la educación física, importancia que hay que considerar, no sólo bajo el punto de vista del cuerpo, sino también respecto del alma.

Claro es, que lo primero que se ocurre al tratar de la educación física, es considerarla con relación al cuerpo, refiriéndola principalmente á la salud de éste. Del desarrollo y los cuidados que demos á nuestro organismo, dependen en gran parte el vigor y la lozania de nuestras facultades físicas, y, por consiguiente, la mayor ó menor aptitud que tengamos para los trabajos llamados corporales, de los cuales depende la subsistencia de la inmensa mayoría de los hombres. De ese desarrollo y de esos cuidados depende también nuestra salud, cuya falta, no sólo nos imposibilita para los indicados trabajos corporales (y también para los del espíritu), con lo que dicho se está que nos priva de los rendimientos que el trabajo proporciona, sino que pone en grave peligro la vida que tan caros es, y cuya conservación tanto anhelamos. Aparte de todo esto, que es ya bastante para revelarnos la gran importancia y suma trascendencia de la educación física, no debe olvidarse que desenvolver y cuidar el cuerpo, es uno de los deberes morales que todo hombre tiene para consigo mismo, como que es una de las condiciones necesarias para el cumplimiento de nuestro destino, cuya completa realización en la vida es nuestro primero y total deber.

Pero si todo esto es cierto, no lo es ménos que la educación física se impone como una necesidad, mirando, no ya al cuerpo, sino al alma. Si uno y otra se dan en nosotros estrechamente unidos, influyéndose recíprocamente, al punto de que no hay estado fisiológico que no tenga su resonancia y correlativo en el espíritu, y viceversa, dicho se está que para dar una buena educación al alma, es menester dársela también al cuerpo, mediante el cual se expresa y manifiesta el es-

piritu: no es otro, ciertamente, el sentido del sabio aforismo de Juvenal, antes citado. De aquí, que la educación del cuerpo influya poderosamente en la educación estética, la intelectual y la moral, y que sea, en lo tanto, un medio, no sólo de desenvolvimiento físico, sino al mismo tiempo de desarrollo del espíritu, de educación psíquica. Observemos, por otra parte, que mientras se ejercitan las fuerzas físicas (y la educación del cuerpo presupone desde luego este ejercicio) descansan y se reponen las fuerzas intelectuales y morales, por lo que atendiendo á la educación del cuerpo, proporcionamos un reposo necesario al trabajo del espíritu, una especie de contrapeso del que no puede prescindirse, si aspiramos á que la educación sea, como hemos dicho que debe y há menester ser, además de integral verdaderamente armónico; esto es, que se lleve á cabo con el equilibrio, la ponderación, el ritmo, y, en una palabra, la armonía con que funciona y se desenvuelve en su estado normal nuestra naturaleza psico-física.

Resulta de todas estas indicaciones que, no sólo mirando al cuerpo en sí mismo de un modo aislado, sino por su unión con el alma y la correspondencia que existe entre los estados fisiológicos y los psicológicos, la educación física reviste una gran importancia y debe ser cuidadosamente atendida.

Todavía puede y debe considerarse esta importancia bajo otro punto de vista que, léjos de hallarse exento de interés, lo tiene muy grande.

Despréndese de lo que hasta aquí hemos dicho, que la educación del cuerpo entraña un gran interés, considerada bajo el punto de vista *individual*. Si la salud y el trabajo, lo mismo físico que intelectual, dependen en mucho del estado del cuerpo y de su desarrollo, es indudable que mantener el cuerpo en perfecto estado de equilibrio, de salud, es de la mayor importancia para el individuo, puesto que de ello depende en gran manera su bienestar, muy especialmente bajo la relación económica. Y esta importancia que reconocemos en la educación física, trasciende del individuo á la *familia*, en cuanto que de individuos se compone ésta, y cuanto afecta á sus miembros tiene precisamente que afectarle á ella, sobre todo en lo que al punto de vista económico se refiere. Consideremos, por otra parte, las gravísimas perturbaciones que á la familia se originan por la falta de una buena educación física, falta á la que se debe esa aterradora mortalidad que en los niños se observa, sobre todo en donde los cuidados higiénicos no son debidamente atendidos, como desgraciadamente sucede entre nosotros (1).

(1) España, en efecto, el número de niños que mueren, sobre todo en donde los cuidados higiénicos

La mortalidad que se origina de la falta de una buena educación física no afecta sólo al individuo y la familia, sino que tiene también resonancia muy grande en la vida social y lastima mucho los intereses nacionales. La pérdida de sus individuos ántes de tiempo, es un mal para las naciones por más de un concepto. Aparte de que implica descenso ó ménos progreso del que debiera en la población, es causa, como en la familia, de perturbación económica. Téngase presente que, como dice un profundo pensador contemporáneo, en las luchas industriales, la victoria va siempre unida al vigor físico de los productores. ¡Y quien sabe, por otra parte, los servicios que hubieran podido prestar á su país esos millares de individuos que mueren prematuramente por falta de cuidados físicos! Sin llegar al caso extremo de la muerte, es cosa sabida; pues hoy constituye una de las mayores preocupaciones de médicos, higienistas y estadistas, que la falta de esos cuidados origina la degeneración de las razas; pues mientras más débiles y enfermizos son los individuos á ellas pertenecientes, más débiles y enfermizos son los pueblos y las naciones, las cuales son tanto más vigorosas cuanto más fuertes y robustos son sus miembros. Hé aquí la razón de que en muchos países se preocupen hoy tanto los Gobiernos de la educación física de las nuevas generaciones, máxime cuando, como más arriba queda dicho, de esa educación depende en gran parte la intelectual y la moral. Añadamos que la educación física tiene relación muy directa con todo lo relativo á la seguridad é independencia de las naciones; pues mientras más fuertes y

se hallan más desatendidos; y es que en esa edad tan tierna, en que el organismo se halla en formación, la debilidad de nuestro cuerpo es muy grande y todos los cuidados son pocos. Según la estadística *demográfico-sanitaria* que con tan buen acuerdo empezó á publicarse años atrás por la Dirección general de Beneficencia y Sanidad (se debe el establecimiento de este tan importante servicio al Sr. D. Casto Ibañez de Aldecoa, que á la sazón estaba encargado de la Dirección de esos ramos), desde 1.º de Setiembre de 1879 hasta 30 de Junio de 1880, murieron en toda España los siguiente niños:

De ménos de un año.....	110.857
De un año á 5.....	89.078
De 5 á 10.....	14.148

Total de niños muertos hasta 10 años.. 194.078

Téngase además en cuenta, en confirmación de algunas de las afirmaciones que hemos hecho más arriba, que la mitad de las personas que nacen no pasan de la edad de 25 años, y que la mortalidad es mucho más considerable en las clases pobres que en las acomodadas; así, según una estadística de M. Casper, 5) años es la vida probable del rico (término medio), y 30 la del pobre, en Alemania. Esta proporción es da en todos los países, aunque los términos varien.

vigorrosos sean los ciudadanos, mejor podrán defenderlas cuando la necesidad lo exija, y más fácil es encender la llama del entusiasmo pátrio en organizaciones robustas y enérgicas que en naturalezas débiles, entecas y apocadas. Así lo comprendieron los pueblos de la antigüedad, y de aquí la importancia tan grande que daban á la educación física de los jóvenes, según de ello nos ofrecen elocuente testimonio Esparta y Atenas, pueblos en que la Gimnástica y otros medios de educación física ocuparon lugar muy preferente, predominantes hasta la exageración, podríamos decir, en los sistemas de educación nacional (1).

Resulta, pues, de las indicaciones que preceden, que la educación física es, no sólo de interés individual y de familia, sino al mismo tiempo social y nacional.

No obstante el interés que, según lo dicho, entraña la educación física, preciso es reconocer que, ni con mucho, se halla atendida en la medida necesaria. Ni en el hogar doméstico, ni en la escuela, se le presta todavía en muchas partes la atención que de consuno reclaman los intereses individuales, domésticos, sociales y nacionales.

En la familia se observa, bajo este respecto, un abandono tan extraño como punible. Con ser la salud de los niños lo que más preocupa á los padres, es lo cierto que, por regla general, no se acuerdan de ella sino cuando la necesidad llama apremiante á sus puertas, es decir, cuando no hay más remedio que echarse en brazos del médico. Sea por desidia, sea por ignorancia, sucede que los medios preservativos de la salud, los ejercicios físicos y los cuidados higiénicos, brillan por su ausencia en la mayoría de las familias, que, en lo común, crían á sus hijos mientras los creen sanos, sin acordarse para nada de que la salud es asunto tan delicado como estimable, que rodea al niño una multitud de condiciones y agentes que constantemente conspiran contra ella, y que hay necesidad de muchos cuidados, de muchas precauciones y de no menos atención para sacar adelante esas tiernas y delicadas plantas que con tan lamentable descuido cultivan.

Importa mucho insistir sobre este punto, porque al abandono á que nos referimos, se deben esa espantosa mortalidad de niños á que antes nos hemos referido, el raquitismo de muchísimos que más vegetan que viven,

(1) No quiere esto decir, en modo alguno, que aceptemos el sentido de los pueblos mencionados, de dar un predominio casi exclusivo á la cultura física sobre la del espíritu; pues que reiteradas veces hemos manifestado, que una y otra cultura deben llevarse á cabo paralelamente, guardando entre sí equilibrio y verdadera armonía. Si hemos aducido casos hechos, es para probar el influjo que la educación física ejerce bajo los puntos de vista á que acabamos de referirlos.

y la endeblez y pobreza de naturaleza que tan comunes son en las personas mayores. Por lo tanto, todo cuanto se haga por llevar á las familias el convencimiento de que la educación física de los niños constituye una necesidad apremiante y de primer orden, será siempre poco (1).

Cosa análoga á la que hemos visto que sucede en el hogar doméstico, acontece en la escuela por lo que respecta á la educación física. Imbuidas todavía nuestras escuelas del sentido *intelectualista*, que tan exagerada y dañosa preponderancia ha dado á los ejercicios de enseñanza, lo sacrifican todo al éxito de ésta, á la cual todo lo subordinan. Resulta de aquí una especie de eclipse de los intereses del cuerpo ante los intereses de la inteligencia, á la cual más se perjudica que se favorece con semejante é irracional abandono. Por virtud de ese exclusivismo en favor de la enseñanza, todo el desarrollo se lleva á la cabeza, con lo que se viene á establecer entre ella y el cuerpo un desequilibrio espantoso, que no sólo es perjudicial para el cuerpo, á expensas del cual el cerebro se desarrolla inconsideradamente, sino también de la inteligencia misma, que al cabo concluye por resentirse de esa falta de armonía en la educación total del individuo; que, al fin, la inteligencia depende en gran parte del estado del cerebro, y éste se halla sujeto á las condiciones de vida que le presta el resto del organismo, el cual necesita para su completo y normal desarrollo de los ejercicios y cuidados que la educación física presupone.

No es culpa exclusivamente de la escuela y los maestros el que esta clase de educación no sea todo lo atendida que debiera y la salud y el desarrollo total del niño reclaman de consuno. El sentido intelectualista á que antes nos hemos referido, que por su antigüedad tiene el carácter de histórico, se ha impuesto de una manera imperiosa y ha dado

(1) La poca atención con que suele ser mirada la educación física por las familias, la censura con harta justicia y no poco tino, el filósofo inglés HERBERT SPENCER, extrañándose de que así suceda cuando tanto preocupa á ciertas gentes la crianza y el mejoramiento de determinados animales, siendo tal asunto objeto de sus conversaciones diarias, mientras que nunca hablan de los alimentos y otros cuidados higiénicos que requieren sus hijos. La fina crítica que hace Spencer, es tanto más digna de tenerse en cuenta, cuanto que se refiere á un país como el inglés, en el que la educación de la niñez está bastante atendida y en el que abundan como en ningún otro, los niños hermosos y bien desarrollados. Pero no obstante esto, allí como aquí, la educación física no es lo que debe ser, y necesita que pensadores tan autorizados como Spencer, vengán á auxiliarla con las armas de su acerada crítica, de la que es una buena muestra el pasaje á que acabamos de referirnos, con que comienza el capítulo IV y último de la importante obra de dicho filósofo, titulada *De la educación intelectual, moral y física*.

como primer resultado el de que las escuelas se hayan mirado hasta hace poco como verdaderas áulas de instrucción, y carezcan, en lo tanto, del espacio necesario para los ejercicios físicos. Mirando sólo á las necesidades más perentorias (no siempre á las más racionales) de la enseñanza, se han olvidado las que se refieren á la salud, por lo que en las clases apenas si se ha pensado en las condiciones de la higiene, cuyo valor no se ha tenido presente, y cuya influencia moral se ha desconocido. Los programas escolares se han redactado atendiendo no más que á la enseñanza y haciendo completa abstracción de la cultura del cuerpo, de esa necesidad de movimiento que siente el niño, y en la cual parece como que se sintetiza toda su vida. La mezquindad con que se ha atendido á satisfacer las necesidades de la educación primaria, se ha opuesto y todavía se opone más de lo que pudiera creerse, á que las escuelas se instalen en locales adecuados, y en los que puedan ser atendidas las exigencias de la educación física. Por último; en el abandono en que ésta se halla, cabe no pequeña parte de culpa á las familias que, imbuidas por ese malhadado sentido intelectualista de que hemos hecho mérito, arrastradas por una vanidad, que será todo lo legítima que se quiera, pero que es pueril é irracional, además de nociva para sus hijos, movidas muchas veces de punible egoísmo, y procediendo con una ceguera que sólo es disculpable cuando es hija de la ignorancia, como desgraciadamente lo es en muchos casos, sólo se ocupan de pedir al maestro con afanoso empeño que sus hijos aprendan mucho en poco tiempo, ejerciten el cerebro, y lo ejerciten mucho y de prisa, aunque permanezcan en inacción continua y, por ende, se atrofien los demás órganos del cuerpo, y en el espacio de dos ó tres años les entreguen formados sábios en miniatura, en los cuales puedan contemplar los padres, no hombres sanos y robustos, aptos para toda clase de trabajos, sino esos liliputienses doctores que, en fuerza de caminar de prisa, se gastan prematuramente y concluyen por no servir para nada.

Felizmente, comienza á operar una saludable reacción contra el exceso y la precocidad de la cultura intelectual de los niños, y en favor de su educación física, así en el hogar doméstico como en la escuela. Las personas que se interesan por el bien de su país y por la educación de la niñez, han inaugurado una campaña en este sentido, y de la cual se preocupa cada vez más la opinión pública, en la que cada día ganan más terreno los reformistas. Lo que es menester, es que, como sucede con todas las reacciones, no se vaya demasiado lejos y se caiga en el extremo opuesto.

De todos modos, y concretándonos á la reacción que en favor de la educación física se opera en la opinión pública, conviene dejar sentado, que el asunto está ya suficiente y maduramente discutido, teniéndose como el *desideratum*, según la fórmula de Herbert Spencer, «poner el régimen de la habitación de la nodriza y de la escuela, de acuerdo con las verdades de la ciencia moderna.» Tiempo es ya, como dice dicho ilustre filósofo, que de los beneficios que han reportado nuestros carneros y nuestros bueyes, de los descubrimientos hechos en los laboratorios, disfruten nuestros hijos. Sin pretender poner en duda, añade, la gran importancia de la cría perfeccionada de los caballos y de los cerdos, pensamos que, como la crianza de buenos hombres y de buenas mujeres no deja de tener también alguna importancia, las conclusiones dadas por la teoría y confirmadas por la práctica, deben servir de guía en el segundo caso, tanto como en el primero (1).

De que se ha entrado resueltamente en este camino, dan testimonio elocuente los esfuerzos y trabajos que de algún tiempo á esta parte se hacen para divulgar los conocimientos higiénicos, para introducir en las escuelas los ejercicios físicos, de modo que sirvan de contrapeso al trabajo intelectual, y para procurar á los locales y el mobiliario de las escuelas las condiciones que los principios de la higiene aconsejan como necesarias para preservar la salud de los niños, cuyo desarrollo físico no debe preocuparnos menos que su desenvolvimiento intelectual. Hoy no se habla ya sólo de enseñanza, sino que todo el mundo habla de educación, y cuando de ésta se trata, se tienen muy en cuenta los ejercicios y cuidados que se deben al cuerpo. El problema se halla, pues, resueltamente planteado, no faltando más, sino trabajo constante y decisión para resolverlo en el terreno de la práctica, puesto que en el de la teoría lo está ya hace tiempo.

A que se resuelva prácticamente, pueden y deben contribuir grandemente los maestros de primera enseñanza, máxime cuando en ello están muy interesados por más de un concepto; pues nadie como ellos debe tener empeño en que mejoren las condiciones de la educación pública, cuyo ministerio les está confiado.

Pueden los maestros influir para que el problema de la educación física trascienda de la teoría á la práctica, introduciendo en las escuelas cuantos ejercicios de esa naturaleza les sea posible, estableciendo las recreaciones que puedan y valiéndose de las llamadas excursiones instructivas. Influirán también, interviniendo, siempre que la oca-

(1) HERBERT SPENCER. Ob. cit. p. 234.

sión se les presente, en la construcción de los locales que se levanten para escuelas y procurando la reforma de los actuales, al intento de que unos y otros reúnan las mejores condiciones higiénicas: el aseo de las clases, las precauciones que deben tomar para la constante renovación del aire, la vigilancia respecto de las posturas que los niños toman en las clases, la construcción ó reforma del mobiliario conforme á los preceptos de la higiene, son otros tantos medios que tienen á su alcance y que pueden aprovechar en favor del desarrollo físico de los niños. Por último; los maestros pueden influir todavía por otros medios en favor de la educación física, como, por ejemplo, mediante la legítima influencia que deben tener sobre las familias de sus educandos, entre los cuales deben divulgar los preceptos higiénicos más comunes y de fácil aplicación, y cuantos conocimientos del mismo carácter dicen relación con la cultura física de los niños: bajo este punto de vista, es mucho lo que un buen maestro, armado de la discreción y tacto, puede hacer en favor de la generalización de los conocimientos á que nos referimos; pues su legítima influencia, no sólo debe ejercerla cerca de las familias, sino también, tratándose de poblaciones pequeñas, cerca de las autoridades del pueblo, de las que el maestro debiera ser siempre bajo el respecto que nos ocupa, uno de los más valiosos consejeros.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA.

TOLEDO.

SU HISTORIA, SUS MONUMENTOS Y SUS TRADICIONES.

(Conclusión).

Muchos templos bellísimos se encuentran en Toledo, con riquezas inmensas, mérito artístico y tradiciones veneradas; pero como el describirlos sería interminable, recordaremos solamente Nuestra Señora del Tránsito, parroquia para los Caballeros de Calatrava; el monasterio del Cister que es el primitivo de los numerosos que existen en Toledo y el de Nuestro Señor del Monte-Sión, que es el primero que se construyó en España de la reforma Cisterciense; en esta iglesia se custodia el cuerpo de San Raimundo de Fitero, fundador de la Orden de Calatrava.

Los monumentos civiles no son menos dignos de admiración por sus recuerdos y mérito artístico.

El Alcázar, situado en la cumbre del monte y dominando la ciudad, demuestra aún cuanta fué su magnificencia. Se cree que los árabes fueron sus primeros fundadores; engrandeciéndole después los reyes, y, sobre todos, Carlos V. Durante la guerra de sucesión fué incendiado, después vuelto á reedificar y vuelto á incendiar en la Guerra de la Independencia, quedando á pesar de tanto desastre, lo bastante para admirar la belleza y suntuosidad de tan antiguo monumento.

La casa de Ayuntamiento, el palacio arzobispal, la universidad, el colegio de *Doncellas nobles*, y otros muchos edificios de antigüedad y mérito artístico, merecen ser visitados por los que gustan de monumentos célebres en la historia y en las artes. En ruinas, también hay asunto para un detenido estudio. Allí se ven restos de murallas romanas, godas y árabes, y las ruinas de un palacio llamado el Taller del Moro, que demuestran que fué grandioso. El puente de Alcántara, edificado por los árabes; la Cueva de Hércules, subterráneo á manera de túnel, objeto de mil leyendas y cuentos á cuál más fantásticos é inverosímiles; y otras mil ruinas de remotos tiempos, dignas de la más curiosa observación.

Conserva también esta importante población histórica, infinidad de tradiciones, que la imaginación meridional junto con la ignorancia y misterio de la Edad Media, habían de presentar revestidas con las más ricas galas de la poesía y del sentimiento; así como también, retratar el carácter eminentemente religioso, caballeresco y fantástico que presenta toda nuestra rica y hermosa literatura. Algunas de estas tradiciones las encontramos en nuestros populares é inimitables romances, tesoro de recuerdos históricos y manantial de fresca y sencilla poesía.

Mencionaremos algunas de las mil y mil tradiciones que allí se conservan, ya sean estas más ó menos verosímiles, ó ya revistan carácter histórico, aunque disfigurado por el tiempo y por la fuerza de la imaginación meridional de nuestro país. El padre Mariana, en su Historia de España, y siguiendo antiguas crónicas, también refiere hechos milagrosos acaecidos en la ilustre ciudad, objeto de nuestro estudio. De la iglesia de Santa Leocadia, refiere este historiador, que estando

el rey y el arzobispo delante del sepúlcro de esta vírgen «se levantó la piedra que era tan grande que apenas treinta hombres la podrían levantar,» salió fuera la santa, y tomando de la mano á San Ildefonso, le dijo: »Ildefonso, por tí vive mi señora.» El santo arzobispo no cesaba de alabar á esta vírgen, y al ver que se retiraba hacia el sepúlcro, quiso que quedara memoria de tan gran hecho, y tomando un cuchillo que el rey le daba, cortó un pedazo del velo que llevaba la santa. El cuchillo y el pedazo de velo se conservan, entre otras muchas reliquias, en el sagrario de la iglesia mayor.

También refiere el P. Mariana el prodigio de haber recibido San Ildefonso de manos de la Madre de Dios la casulla con que había de vestirse en las fiestas consagradas al culto de su hijo y al suyo, en premio de haber refutado con energía evangélica los errores de los herejes Pelagio y Helvidio.

El santuario del Cristo de la Luz, que fué donde se dijo la primera misa al ejército cristiano al entrar en la ciudad, es objeto de gran veneración y tiene fama de milagrosa la referida imágen, por un suceso que también ha sido cantado y se conserva en nuestra poesia popular. Dícese que un judío, pasando una noche delante de la ermita, y observando que nadie le miraba, dió á la imágen una lanzada en el costado, del cual comenzó á brotar un copioso raudal de sangre. Entonces el hebreo, confuso y aturdido, empezó á dar voces y á referir el suceso á la multitud asombrada que se había ido reuniendo; solemnemente se arrepintió de su vida pasada, abjuró de la religión de sus mayores, y fué bautizado ante una numerosa concurrencia. Pero la leyenda milagrosa más poética es la que se refiere á Santa Casilda. Era ésta una hermosa doncella, hija de un rey de Toledo, llamado por nuestros cronistas Almenón. No carecía, aunque musulmana, de la primera de las virtudes que distinguen á los buenos cristianos. La caridad era en su alma pura, la pasión más fuerte y dulce que conocía; y, no haciendo distinción de los que profesaban distintas creencias que la suya, como si conociera y practicara la doctrina sublime que Jesucristo nos enseñó en la parábola del Samaritano, socorría y consolaba á los cautivos cristianos que gemían encadenados en las mazmorras

de su padre, y sin que éste lo supiese, le daba todos los días parte de su misma comida. La envidia tal vez hizo llegar á oídos del padre la noticia de que los cristianos recibían consuelos y alivio de su misma hija, y el rey moro, ciego é injusto como todo fanático é intransigente, expió los pasos de Casilda con intención de castigar acción tan pura. Sorprende efectivamente á su hija cuando iba á ejercer su hermosa obra, y le pregunta airado qué era lo que llevaba en la falda, y ella, como inspirada, contesta que rosas; va á verlo, y rosas se escaparon de su falda, alfombrando los piés de la santa. ¿Qué contestación pudiera haber dado que fuera más adecuada? La Caridad es de todas las virtudes la flor de más fragancia, la más hermosa y la que brota con mayor espontaneidad de todos los corazones, sin necesidad de preparación especial, así como la rosa brota en el campo sin necesidad de invernadero que la resguarde.

Las ruinas que existen del palacio del Marqués de Villena, recuerdan mil consejas y tradiciones relativas á aquel célebre *nigromante*; todavía hay campesinos que se llenan de terror al pensar en los cuentos oídos al amor de la lumbre, y que describen los portentos del encantado en la Redoma. No es del todo extraño que el vulgo se impresione, porque aquellas ruinas tienen algo de fantásticas, sobre todo si se contemplan á la luz de la luna, y se recuerda que el arquitecto ha sido un judío tan célebre como Samuel Levi, y el habitador el no ménos célebre Marqués de Villena.

Del Alcázar quedan tradiciones históricas tan notables como la muerte de Raquel, la hermosa judía de quien Alfonso el de las Navas de Tolosa estaba enamorado, y que fué asesinada por los nobles de Toledo, atribuyendo la derrota del ejército cristiano á castigo del cielo por los amores del rey.

La Cueva de Hércules es también objeto de leyendas y portentosas tradiciones, habiendo quien asegura que era un templo dedicado á Hércules, en donde el diablo enseñaba la magia, teniendo por aventajado discípulo al Marqués de Villena. Otros aseguran, y así está consignado en la Historia general, que esta cueva fué el palacio encantado de de España; Don Rodrigo, dando más pábulo á

esta conseja el haber encontrado dentro de la cueva, al ser visitada, grandes murciélagos, que fueron tenidos por otros tantos diablos. En la *Crónica general de España*, se refiere que había en Toledo un palacio encantado, asegurándose que el día que se abriese, España sería destruida por gentes extrañas y valerosas.

Los reyes, siguiendo antiguas tradiciones, iban poniendo á este palacio cada uno un candado más; pero D. Rodrigo, creyendo que habría allí un tesoro, lo abrió y entró resueltamente en él, y sólo encontró en un cofre riquísimo, un paño en donde estaban pintados hombres y caballos á semejanza de los árabes, poniendo espanto en el ánimo del rey y de los que le acompañaban. La poesía popular antigua también refiere este suceso, con la originalidad y frescura que la caracteriza.

De esta época es también la tradición que más ha servido á historiadores y poetas para explicar un hecho más determinado.

Nos referimos á los amores de D. Rodrigo con la hija del Conde D. Julian. La tradición es tan conocida que no hay necesidad de referirla, sólo consignaremos aquí lo extraño de atribuir por muchos historiadores á cosa tan pequeña, consecuencias de tal importancia. Como si no se supiera que los árabes desde el tiempo de Wamba estaban expiando la ocasión oportuna de apoderarse de nuestro rico suelo, que ellos veían casi como el paraíso prometido por su profeta. ¡Como si una nación pudiera variar de manera de ser por el capricho ó venganza de uno sólo! Muchos factores, muchas causas, la suma de mil y mil acciones verificadas en el trascurso de muchos años, pueden hacer una transformación de la importancia que tuvo la invasión de los árabes.

También refiere la tradición, que cuando Alfonso VI fué despojado del reino por su hermano D. Sancho, y encontró asilo en Toledo y franca hospitalidad en Almenón, un día al volver de caza sorprendió á éste y á los suyos contando las muchas fortalezas y los medios que se necesitaban para rendir á Toledo. Fingióse dormido, y Almenón temeroso de su imprudencia en revelar á su huésped, que podría llegar á ser enemigo, el medio de apoderarse de Toledo, quiso cerciorar-

se de si era cierto que dormía, y mandó le echasen plomo derretido en la mano. Alfonso resistió tan dura prueba, y más adelante se sirvió de lo que había oído para tomar á Toledo. Conservó el sobre nombre de *mano horadada*.

La industria de Toledo se demuestra principalmente en su fábrica de armas blancas, notabilísimas desde la antigüedad y que en tiempo de Carlos I tuvo tal importancia, que sólo con la gente que de ella sacó el insigne Padilla, pudo formar la mayor parte de sus fuerzas. Hoy conserva su fama y su preponderancia; pero como un recuerdo ó sombra de lo que fué. La fábrica y telares de ornamentos sagrados es de lo mejor en su clase, no sólo se proveen de ella las iglesias de España, sino de otras muchas partes. Del mismo Roma, de Jerusalem y de Constantinopla vienen á buscar las suntuosas vestiduras sagradas que se fabrican en los telares de esta ciudad.

Tampoco aquella tiene hoy la importancia que ántes se la daba, aunque conserva mucha. En esto, como en todo lo demás, son más bien recuerdos los que nos quedan de la antiquísima é imperial Toledo.

CARMEN ROJO HERRAIZ.

CUENTOS PEQUEÑITOS

(Al volar de la pluma)

LA POCITA DE LA ROSA (1)

Á BLANCA

I.

De igual manera que después de echar vuestro aliento y pasar vuestro pañuelo por la luna de un espejo, estaba de limpio el cielo una mañana; el sol alumbraba con luz intensa, y á ella debían los erguidos árboles su tono de vivo colorido, y por ella lucía su hermosura una rosa colocada en lo más alto de un espléndido rosal.

Que no me vengan á mí con razones que

(1) Tomamos de *La Tribuna* con la debida autorización este bellísimo cuento.

nieguen cosas que aunque no las sé me las sospecho desde hace mucho tiempo. ¡Como que había de estarse aquella rosa sin su coquetaría correspondiente siendo bella á no pedir más! Y mucho que presumía dejándose mecer suavemente por la brisa como una linda criolla en su hamaca, en tanto le hacían el rorro dos importunos moscardones y andábase á las vueltas para plantarla un beso al descuido una blanca y aturdida mariposa. ¿Quién sabe lo que soñaría? Tal vez le pareciera poco elevado el puesto en que se hallaba que es propio y natural de los afortunados no estar jamás satisfechos y aún es más insaciable el deseo de los vanidosos.

Pues ni más ni menos que lo que os digo, aquella rosa soñaba para sí en mayor fortuna. «¡No puede ménos, se decía; he de estar yo destinada á grandes cosas; segura estoy de que he de coronar la cabeza de alguna dama ménos bella que yo, pero á quien yo haré más bella que todas las otras damas; tal vez me arrebatase un príncipe para hacer conmigo un delicado obsequio á alguna reina; tal vez me cante algún poeta; pero no he de estar mucho tiempo prendida á este rosal insociable que hiere con sus espinas á cuantos se acercan á admirar mis colores y aspirar mi fragancia; no he de vivir yo como mis hermanas enorgullecidas con lo que son! Ya me canso de ver siempre lo mismo. ¡Oh, que desgraciada soy aquí presa; qué feliz he de ser en un sólo día, pasando de mano en mano y abriendo todos los ojos de admiración!»

Había al pié uno de esos arroyuelos que, como no se lo impidan ó una cuestecita ó la azuela del jardinero, se meten en todo y corren sin tino, murmurando de todo; este tal nacía allí mismito al pié del rosal; allí tenía su cuna en una ancha pocita cubierta por la frondosidad del arbusto; y como os diere deseo de inclinaros á beber, y, apartando las rosas, os bajáseis á introducir en la pocita vuestro vaso de cuero, podíais descubrir, oculta entre las hojas y cerca del borde de la pocita, la más linda rosa de aquel rosal, y tentado estoy por decir la más bonita, no ya de aquel jardín, sino de todos los del país, y, por consiguiente, del mundo, porque el jardín de mi cuento estaba en Granada.

II

Un corrito de palomas que andaban pico-

teando, no sabemos qué, cerca del cenador, y que brillaban al sol como si fueran de plata, se deshizo en un punto al volar éstas por distintos lados, á causa de la aparición de un hombre que había entrado bruscamente en el jardín: llevaba este hombre una gran caja debajo del brazo, y dió en mirar de una parte á otra, como quien busca algún objeto, mas no podía decirse lo que buscaba: unas veces miraba al suelo; «¿será á nosotras?—decían las hormigas—¿querrá en nosotras aprender la ciencia de la vida?» Mas no, porque el hombre miraba luégo á lo elevado de los árboles. «A nosotros nos busca—decían los pájaros—está visto que no nos han de dejar en paz.» Y como ellos tienen necesidad de ser más listos que la pólvora, volaron en bandada, y en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron. Mas de pronto el recién llegado percibió la magnífica rosa que se hallaba en lo alto del rosal: una satisfacción grande apareció en sus ojos, y en un segundo abrió su silla de campo, sacó lienzo, pinceles y color de la gran caja, y pintó á maravilla el retrato de la rosa; luégo recogió sus bártulos, arrancó la rosa, y colocándola en su sombrero, salió orgulloso; pero no tanto como la flor, que se sentía más alta y se sentía llevar tal vez á la realización de sus quiméricos deseos.

III

Suele decirse de una cosa muy bella, que ni pintada sería mejor, y por cierto, que buena era la pintura que de aquella rosa hiciera el pintor; pero no era la rosa pintada tan hermosa como el original; que dígase lo que se quiera, siempre hay gran diferencia de lo vivo á lo pintado.

Colocada en un vaso de agua estaba en el taller, aún más hueca y presumida que en su rosal, como si estuviera contemplando un retrato, y un sí es ó no, satisfecha de exceder en belleza á la pintura. Mas por desdicha pasaron dos días, y si hubiérais entrado en el taller, no hubiérais conocido seguramente á nuestra rosa; sus hojitas tenían grietas de color de tabaco, manchas del mismo color se descubrían en el centro del cáliz, y de ella se despreñaban una á una las ántes rojas y vividas corolas. Ya la del cuadro excedía en vida y belleza, y si las flores tienen, como no dudo, inteligencia, hablaba de atormentar á nuestra

rosa aquel brillante recuerdo de su gloria de un día.

¡Oh! Después, triste es decirlo, me appena confesarlo, fué arrojada al cesto donde se arrojan los mil pedazos menudos de papeles rotos.

IV

Mas hé aquí, que en tanto los pájaros correveidiles del bosque, familia que por lo alegre y charlatanes recuerda á los poetas, dieron en piar y gorjear desatinadamente, contando á quien lo quería oír, la historia de la otra rosa. No porque yo les entendiera, mas porque ya la sabía, puedo referirla, y contársela á las niñas, mis amigas, lectoras de *La Tribuna*.

Como vosotras, guardaditas en casa, mantúvose la flor; como vosotras, mirándoos en vuestras madres que nunca os engañan, estuvo mirándose en el limpio cristal de su pocita; ésta prestábale frescura, en tanto que por entre el ramaje entraba un rayo de sol á comunicarle el calor y la vida. Había allí, en aquel rincon, esa paz, y se percibía ese perfume que se siente en lo más guardadito y querido de la casa. Contemplaba á la rosa la tersa pocita y en ella se veía á sí misma la flor, con tal verdad, que aquí sí que se dudaría cuál era el original y cuál la copia; y cuando la flor envejeció, cuando estuvo marchita, recogióla en su seno la fresca y limpia, de agua pura y dulce, estrecha pocita.

V

Si queréis ser admiradas, guardáos; no os faltará, mis queridas niñas, vuestra pocita escondida; en ella os mirareis y ella os recogerá sin exponeros á lo que yo me sé y vosotras habeis entendido, á dejar huella de vuestra gloria de un día y morir olvidadas después. En ese misterioso hogar se esconde la pocita. ¡Oh, si fuera escritor inspirado ya os hubiera hablado mejor de la pocita de la rosa; pero esto sólo sería propio de poetas como Andersen; esesí que era el poeta de los niños, de los pájaros y de las flores!

J. ZAHONERO.

Madrid 20 Setiembre de 1882.

LOS ASIRIOS Y BABILONIOS.

La gran extensión de terrenos llanos situados entre los ríos Tigris y Éufrates fué desde la más remota antigüedad, el asiento de una población semítica organizada bajo un sistema de gobierno. La Mesopotamia (el país entre el Tigris y el Éufrates), fué desde muy temprano una región que poseyó numerosas ciudades, de las cuales, las principales fueron Babilonia, sobre el Éufrates, y Nínive, sobre el Tigris. Estas dos ciudades fueron respectivamente las capitales de dos reinos poderosos: Babilonia, del país más meridional y más fértil, llamado reino de Babilonia; y Nínive, del país más septentrional y árido, adyacente á la Armenia, y llamado reino de Asiria. Bajo el nombre de asirios, se comprendieron por tanto los miembros del reino de Nínive, y bajo el de babilonios, los del reino de Babilonia.

La fecha asignada á la fundación de esos dos reinos por la cronología común, es la de 2217 (A. C.); pero la misma incertidumbre que domina en todos los acontecimientos de aquellas edades remotas domina también en éste, y muchos consideran que esa fecha debe de ser más reciente.

Los testimonios y datos de la *Biblia*, los de los antiguos escritores y los que nacen de la interpretación moderna de las inscripciones de las ruinas de los monumentos asirios, convienen en indicar que pueden señalarse tres períodos distintos y principales en la historia asiria. El primero, se extiende desde los tiempos de Nemrod y de Asur; esto es, desde una antigüedad inmemorial, hasta unos 2182 años (A. C.), en que un monarca, llamado Nino, subió al trono de Nínive, ensanchando y mejorando esta ciudad, y haciendo de ella, el centro de un gran imperio oriental; el segundo, desde Nino, hasta la extinción de su dinastía, en la persona de Sardanápalo, que reinó en 876 (A. C.); y el tercero, desde el tiempo de Sardanápalo, hasta el año 606 (A. C.), en que Nínive fué finalmente destruida, y el imperio asirio dejó de existir.

Primer período.—Todo lo que puede establecerse respecto á este período es que un espacio considerable de tiempo debió trascurrir desde su principio hasta su fin; pues

muchas generaciones debieron vivir y trabajar en las riberas del Tigris, hasta que la nación pudiera llegar al estado de cultura, de poder y de refinamiento que nos presenta en el segundo período.

Segundo período, ó período del gran imperio asirio.—El reino asirio había permanecido hasta aquí, limitado á la parte septentrional de la Mesopotamia, con una banda de terreno al Este del Tigris. Pero, hacia el año 2182 (A. C.), según la creencia general, se elevó entre los descendientes de Asur, un gran rey y conquistador llamado Nino, que en quince años extendió el dominio de Nínive, desde los confines de Egipto y las costas del Mediterráneo, hasta la India y la Bactriana, embelleciendo, especialmente, la capital, como centro de tan vastas posesiones. En estas empresas fué grandemente auxiliado por su mujer Semíramis, que era de extraordinaria energía y talento, y siria de nacimiento; que había estado casada anteriormente con uno de sus oficiales. Nino tuvo de ella un hijo, llamado Ninias.

Semíramis, es un gran personaje de la historia antigua de Asiria. A la muerte de su marido le sucedió en el imperio, y continuó con incesante vigor sus empresas militares y políticas. Con su actividad constante edificó varias ciudades sobre el Tigris y el Éufrates, y reconstruyó á Babilonia, hermoseándola con verdadera magnificencia. Caminos, canales, palacios, jardines, obras de utilidad y de recreo; todo brotó de su mano, que repartió con igual sus favores entre Nínive y Babilonia (1). A ella se atribuye también el desarrollo de las construcciones navales en Asiria, y la introducción, en este país, del culto de Astarté, Milita ó Venus. Tal fué, en fin, su energía, su talento y su grandeza de alma; tales los servicios que prestó á la civilización de su patria, que, después de su muerte, obtuvo, y con justicia, adoración en Asia. Su

(1) Babilonia fué estado independiente del todo durante sus primeros tiempos. Sin embargo, en tiempo de Quínio, uno de los sucesores de Nemrod, fué invadida por una porción de tribus selváticas que se establecieron en su recinto. Entonces, Nino, el monarca asirio, se arrojó sobre ellas, las desposeyó de la ciudad, y se apoderó á su vez de Babilonia. El dominio de los sucesores de Nino sobre ella fué luego debilitándose, y Babilonia recobró su independencia á la muerte de Sardanápalo.

hijo Ninias, fué un indigno sucesor de sus padres, entregándose á una vida de ociosa molicie y de inútil y despreciable reposo. Encerróse en su palacio de Nínive, en compañía de sus mujeres, familia y servidores, y abandonó el gobierno del Estado y la conservación de la integridad del Imperio á sus oficiales y soldados, dando así el ejemplo de ese despotismo indolente oriental, bajo el cual, millares y millares de súbditos profesan servil sumisión á un monarca sagrado que ni se digna gobernarlos.

Tal es la historia tradicional de los tres primeros soberanos de la Asiria. Inútil es decir, que á ella ha añadido la imaginación de los pueblos mil pormenores fabulosos y extraordinarios, que no es del caso relatar, siendo causa este abuso de que, después, hasta se haya llegado á dudar de la existencia real de Nino. Semíramis y Ninias, considerándolos como meras creaciones místicas y fantásticas de la imaginación asiria. Esta, sin embargo, no es más que una suposición destituida de fundamento; ciertos signos encontrados en las inscripciones de uno de los palacios de Nínive, cuyas ruinas han explorado, expresan el nombre de Nino; habiendo razones para creer que ese mismo palacio fué edificado por él. En resumen; todos los datos históricos que hoy se poseen permiten asegurar indudablemente que Nino, Semíramis y Ninias, reinaron realmente en Asiria, y desplegaron las cualidades que desde siglos y siglos les viene atribuyendo la tradición.

Después de Ninias, se dice que ocupó el trono asirio, una serie de treinta reyes, durante un período de unos doce siglos. De ellos, excepto el último, la historia no nos ha conservado ni áun los nombres, aunque tenemos una lista completa de los Faraones de Egipto durante el mismo espacio de tiempo. Hay, sin embargo, dos fuentes, de las cuales podemos obtener algún conocimiento respecto á la historia asiria durante ese período, á saber: Las mismas ruinas asirias y los monumentos contemporáneos del Egipto.

El arte de descifrar las inscripciones asirias está aún en su infancia, y apenas se ha hecho por medio de él otra cosa que entender los nombres de algunos reyes y algunas de sus empresas. Pero, aunque sea prematuro el tratar de establecer una cronología perfecta

asiria, sin embargo, ciertos hechos pueden ya determinarse con bastante exactitud. Así Manethón menciona, al narrar la expulsión de los hiksos del Egipto (1600 A. C.), que los hiksos tenían á los asirios, los cuales eran á la sazón dueños del Asia. Hay además otras varias noticias que prueban que entre 2000 y 900 (A. C.), Nínive era todavía la capital de un vasto imperio, ya alcanzando á veces desde el Indo hasta el Asia Menor, ya reducido otras á más estrechos límites. Durante este período, la Asiria y el Egipto eran las potencias rivales de Oriente. Los monumentos egipcios de la décimoa octava dinastía en adelante abundan en referencias á expediciones guerreras y conquistadoras, emprendidas por Faraones contra los egipcios. Por otra parte, algunas de las esculturas é inscripciones asirias que han sido exhumadas en el sitio en que estuvo Nínive, parecen referirse á expediciones contra los egipcios, emprendidas por reyes asirios. En algunos casos parece también que ambas naciones conmemoraron la misma batalla, atribuyéndose una y otra la victoria, conducta de que no faltan ejemplos en los tiempos modernos.

Las relaciones entre la Asiria y el Egipto alcanzaron su mayor grado de intimidad durante la vigésima primera y vigésima segunda dinastía egipcia; esto es, desde 1100 hasta 900 (A. C.) Las guerras entre ámbos pueblos cesaron entónces, haciendo lugar á relaciones regulares, comerciales y políticas. Egipcios y asirios se prestaron mutuamente usos y modos de pensar; así el culto de la Astarté asiria se introdujo en Egipto, bajo el nombre de *ken*, desde la dinastía décimoa octava; y los escarabajos, vasos y representación de la flor del loto, que se encuentran en el arte asirio, son producto de la influencia egipcia. El último de los treinta y tres monarcas que, empezando por Nino, gobernaron este primer gran imperio asirio, fué Sardanápalo, que subió al trono en 900 (A. C.), y que excedió á todos sus predecesores en indulgencia, tiranía y sensualidad. Dos de sus subordinados, Arbaces, gobernador de la Média, y Belesis, gobernador de Babilonia, conspiraron contra él, que después de una heroica resistencia, que no debía esperarse de su anterior afeminación, incendió su palacio y se abrasó dentro de él. Su muerte, y

con ella la terminación del primer imperio asirio, tuvieron lugar 876 (A. C.)

Tercer período.—(De 876 á 606 A. C.) A la muerte de Sardanápalo se desmembró el gran imperio asirio. Arbaces se hizo soberano de las provincias de Média y Persia, y Belesis de Babilonia; otras provincias aprovecharon tal oportunidad para asegurar también su independencia. Una nueva dinastía se elevó también en la Asiria propiamente dicha; pero si esa nueva dinastía fué introducida por los conquistadores medos y babilonios, ó si fué originaria y propia del país, logrando levantarse en medio de las turbulencias de aquel tiempo, es lo que no ha podido averiguarse fijamente. Lo que sí está plenamente probado es que Nínive se repuso de su desgracia, y poseyó en el curso de sesenta ó setenta años, después de la muerte de Sardanápalo, una nueva línea de monarcas poderosos.

Uno de ellos, el Ful ó Pul, mencionado por la Escritura, extendió el poder de Nínive por una gran parte de sus antiguas posesiones, siendo así fundador de un segundo imperio asirio, algo inferior, sin embargo, al primero. Los nombres de varios de sus sucesores nos son principalmente conocidos, por mezclarse á la historia de los judíos; algunos son también mencionados por los escritores clásicos; pero es difícil identificarlos con los nombres con que se les designa en la Biblia. Salmanasar trastornó el reino de Israel, y su hijo Senaquerib invadió la Judea (710 A. C.), con la intención de subyugarla á ella y al Egipto, pero sus huestes fueron impensadamente derrotadas ante los muros de Jerusalem.

Este segundo imperio asirio llegó á su mayor esplendor en tiempo de Nabubodonosor (658), que derrotó y dió muerte al rey medo Arphaxad, y cuyo general Holofernes, fué asesinado por Judith. Sarac, el hijo de Nabucodonosor, fué un segundo Sardanápalo. Al fin, veinte años después de su muerte, Ciajares, hijo del rey medo Arphaxad, formó alianza con Nabopolasar de Babilonia, y al frente de un poderoso ejército tomó y destruyó á Nínive, entregándola al fuego (606 A. C.) Tan completa fué entónces la demolición de la ciudad, que en el siglo iv, ántes de Cristo, ya todo vestigio de ella había

desaparecido, costando mucho trabajo en los tiempos modernos descubrir su situación. Las investigaciones practicadas recientemente en aquellos sitios por Botta y Layard, parecen corroborar las increíbles aserciones de los escritores antiguos que atribuían á esa vasta ciudad una circunferencia de cincuenta ó sesenta millas.

Las esculturas y otros objetos sacados á luz por los cuidados y afanes de esos distinguidos exploradores de entre las ruinas de las antiguas ciudades asirias, y ahora depositados en los museos de París y de Londres, nos dan una alta idea del estado de adelantamiento social á que la nación había llegado. La grandeza de su arquitectura, las formas elegantes de sus utensilios, los productos de sus telares y sus obras en metal, piedra, vidrio y marfil, todavía excitan admiración. Las esculturas hechas en las piedras ó losas de alabastro con que revestían el interior de los palacios, están ejecutadas con mucha mayor belleza de estilo que las egipcias. En ellas abundan multitud de extraños caprichos, uniendo partes de diferentes animales, tales como toros con alas y con cabezas humanas y figuras de hombres con cabezas de aves de rapiña, á cuyos extraños conjuntos adherían especiales significados religiosos.

J. A.

(Se continuará.)

LA HUÉRFANA.

• Vuelve la golondrina
Rotos los hielos,
Y la rosa de Mayo
Sale á su tiempo:
¡Soy flor de primavera,
Nací en invierno!

El alma á tierra viene
Del rayo herido;
Ya la vid solitaria
Perdió su arrimo:
¡Sin sombra y sin apoyo
Huérfana vivo!

Dícanme que rechace
Las negras olas,
Que se alzan en mi pecho

Como señoras:

¡Y es mandar á la cera
Lo que á las rocas!

No deis al artificio
Crédito nunca,
Las que pedís á Vénus
Glorias que luzcan:
¡La salud es la fuente
De la hermosura!

Esperanzas y amores
Eran mis sueños,
Tempestades y angustias
Son mis desvelos:
¡Qué han de ver unos ojos
Siempre despiertos!

Quando lágrimas puras
Vierte la noche,
No faltan florecitas
Que las recogen:
¡Y para el llanto mío
No hay corazones!.....

De la luna mirando
La triste rueda,
Esto canta la virgen
Mústia y enferma:
Y á mi lira se agolpan
Sus dulces quejas.

JULIO DE EGUILAS.

ENIGMA HISTÓRICO

De los tres reyes de igual nombre que rigieron los destinos del país, en que reiné por espacio de treinta y seis años, yo fui el primero.

Mi exaltación al trono, cuéntanla los historiadores del modo siguiente: «El rey que me precedió, había hecho morir á su hermano después de una desgraciada expedición contra un pueblo del Africa; mas á pesar del misterio con que quiso rodear este crimen, fué descubierto por un personaje que tenía algún parecido con el infeliz príncipe asesinado, y que llevaba su propio nombre. Con tan favorables circunstancias, presentóse á aquel pueblo, como hermano del rey fratricida, á tiempo que este se hallaba ausente, y exagerando su amor al país, se hizo proclamar, alcanzando por fin el trono con seme-

jante superchería. Pero no gozó largo tiempo las delicias de su nuevo estado; pues descubierta la impostura, cortáronle la cabeza unos conjurados y la pasearon por la ciudad con grande algazara; después de esto fui elevado al sòlio, gracias á mi escudero y mi caballo.»

Al poco tiempo, se levantaron contra mi autoridad casi todas las provincias, y en todas ellas tuve que luchar para extinguir el fuego de la rebelión. Una de las ciudades más hostiles había hecho sérios preparativos para resistir los ataques de mi ejército; preparativos que no hubieran sido infructuosos, si un súbdito mio, dando ejemplo de patriotismo, no me hubiera abierto las puertas de la ciudad por medio de una traza que él inventó.

Miéntas esto acontecía, subleváronse otras provincias que sometí con ejércitos dirigidos por mis mejores generales, y con el auxilio de los Dioses á quienes invocaba de ordinario.

En la expedición que hice contra un pueblo de origen dudoso, y de costumbres tan bárbaras como crueles, perdí parte del ejército que conduje para vengar el insulto que me hiciera.

Otras expediciones sometieron á mi autoridad dos puntos de la tierra bien distantes entre sí; pues el uno se hallaba en Europa y el otro en las regiones meridionales del Asia, en cuya parte del antiguo mundo estaba también mi imperio.

El socorro que un celeberrimo pueblo europeo prestó á varias ciudades contra mi rebeladas, irritóme sobre manera y juré vengar este agravio; pero al intentarlo con una escuadra y un buen ejército, aquélla fué juguete de las tempestades que la destrozaron; y éste, sorprendido por mis enemigos, sucumbió en parte. No me arredraron tamaños desastres, ántes bien, irritado de ver humilladas mis hasta entónces victoriosas armas, envié otro ejército numeroso que también fué vencido en una célebre batalla.

Esta guerra y las que con el mismo pueblo sostuvieron mis sucesores, se conocen en la historia bajo un nombre particular. Con ellos comenzó la decadencia de mi vasto imperio; y cuando, después de los primeros reveses, hacía grandes aprestos para marchar

nuevamente contra mi enemigo, me sorprendió la muerte.

Dicen que el relato de mis hechos está envuelto en mil fábulas; pero una inscripción cunciforme, hallada en un soberbio peñasco, los confirma casi en todas sus partes. Esta inscripción cuenta que gané diez y nueve combates, y que sirvieron de trofeos á mis victorias nueve reyes, cuyos nombres cita, que llevé cautivos á mi estado.

JOSÉ MARÍA PONTES.

PROPIEDADES DEL ALGODÓN

Un doctor americano, M. Rouch, hizo una observación muy curiosa respecto á la propiedad que tiene el algodón de conservar las sustancias vegetales y animales. Hace algunos años se descubrió en Alemania que cuerpos putrescibles, como la carne, el caldo, puestos en un frasco que se tapa perfectamente con algodón sin cardar, se conservan sin alterarse. M. Raudrimont continuó en Francia estos esperimentos sin conseguir muy buenos resultados; pero no fueron bastantes para afirmar que el algodón no tenía la propiedad de impedir ó retardar la putrefacción de las sustancias orgánicas. Es probable que el algodón obre en estas circunstancias, impidiendo el paso á los gérmenes ó huevecillos infusorios que flotan en el aire, y que pueden mirarse como la causa de la descomposición de estas sustancias. Sea lo que quiera la explicación teórica, la acción conservadora del algodón es real y efectiva. En Europa no se ha hecho aplicación de esta singular propiedad; pero en América se utilizó para conservar las uvas, que parece se guardan en muy buen estado durante seis ú ocho meses. Hé aquí el método que se emplea:

Se dejan los racimos en la cepa hasta las primeras heladas ligeras; se cortan entónces; se separan con unas tijeras todos los granos podridos ó maleados, y se dejan por unos días en un cuarto frío. Se embalan después entre capas de algodón ordinario, en cajas de hoja de lata ó bicales de vidrio, procurando colocarlas cuidadosamente y poner pocas capas; pero que el peso de las superiores

no eche á perder algunos granos de las inferiores. Se tapan las vasijas con exactitud y las juntas se lacran, cuya precaución es conveniente, aunque los propietarios americanos prescindan de ella, y se guardan en un sitio fresco; pero cuya temperatura no sea tan baja que se hiele el agua.

La conservación de las peras y manzanas es aún más fácil con el algodón que la de los racimos, y se nota que impide ó detiene la completa madurez, mientras que la favorece la lana; así es, que los labradores americanos, se valen de ésta para embalar las peras que destinan á la venta, y que deben presentar un hermoso color dorado.

Recordaremos con este motivo, los diversos medios que hasta ahora se han empleado para conservar las uvas. El procedimiento más conocido y el más sencillo, consiste en colgar los racimos ó tenderlos en capas de paja: conviene para que se guarden más tiempo, untar el corte del pedúnculo con lacre, y separar de cuando en cuando los granos maleados.

Un horticultor de Thomery, publicó un método que por mucho tiempo tuvo secreto, de guardar frescos los racimos durante un año. Consiste su método en cortar el sarmiento que sostiene el racimo, de modo que tres ó cuatro unidos, queden por abajo y tres por encima, y el corte superior se frota con unguento de ingeridores, para impedir toda evaporación de los líquidos que se hallan en la vara. El extremo inferior del sarmiento, se introduce en una redomita llena de agua, en la que se echan cuatro ó seis adarmes de carbón molido, que tiene por objeto impedir la putrefacción del agua. Se tapa enseguida la redoma con lacre, y si se preparan muchas de esta manera, se colocan en estantes á propósito, sin que se toquen, en una habitación fresca.

El pequeño aparato del horticultor Thomery, figuró en 1858 en la Exposición de horticultura, del Palacio de la Industria, de París, con racimos del año anterior que no presentaban apenas diferencia de los del mismo año colocados á su lado, y podemos añadir que en 1860, se ha visto en el Mediodía de Francia, puesto en práctica dicho método con feliz resultado.

Otro, es el que se emplea en la Rusia me-

ridional para conservar las uvas. Se cogen los racimos antes de que estén completamente maduros, y se guardan en grandes tarros que se llenan con arena bien seca, de modo que no se toquen los granos, y se tapan los tarros con mucho cuidado, á fin de que no pueda entrar el aire. Así preparados, se envían á San Petersburgo. Se conservan por este medio las uvas durante todo un año, al cabo del cual, están muy dulces, porque se completó la madurez y aumentó la proporción de azúcar.

P.

CRONOLOGÍA HISTÓRICA

DE LOS

REYES DE ESPAÑA.

REYES DE CASTILLA Y DE LEÓN.

Fernando I, primer rey de Castilla y de León, hijo segundo de Sancho, tercero de Navarra. Era ya rey de Castilla desde 1035. Después de la derrota y muerte de Bermudo III, con cuya hermana había casado, se hizo coronar rey de León, reuniendo de este modo los dos reinos. En 1044 sostuvo la guerra en Portugal, causando grandes extragos. Tomó por asalto á Viseo, Lamego y á Coimbra por composición. Continuó sus expediciones contra los moros; los echó de Castilla la Vieja, y al fin hizo tributarlos á los reyes de Toledo y Zaragoza. En 1054 ganó una batalla á su hermano García III, rey de Navarra, que pereció en la acción.

En 1065, después de haber alcanzado nuevos triunfos de los infieles, falleció en León el día 27 de Diciembre. Dejó tres hijos, entre quienes había repartido sus estados el año anterior. A Sancho, su hijo mayor, dió el reino de Castilla; á Alfonso, el de León y las Asturias, y á García, el reino de Galicia, cuya corona acabó en él.

Alfonso VI, hijo segundo de Fernando I y de doña Sancha, sucedió á su padre en el reino de León. En el año 1070 fué hecho prisionero por Sancho, rey de Castilla, su hermano, que le obligó á renunciar el cetro y á tomar el hábito de monje. Al año siguiente

huyó del Monasterio y se acogió en Toledo cerca del rey Almamun. Muerto Sancho, su rival, en 1072, Alfonso volvió á sus estados, y fué proclamado rey de León y después de Castilla. Al año siguiente despojó á su hermano García del reino de Galicia, y le encerró en el castillo de Lima, donde murió al cabo de diez y ocho años de prisión. Casó con Constanza, hija de Roberto I, duque de Borgoña. En 1085 Alfonso tomó á Toledo, la población de cristianos y la eligió para su corte. En 1087, después de tomar á Coria, fué derrotado por Ben-Abed, rey de Sevilla, en una batalla cerca de Badajoz. En 1094 dió tropas á Rodrigo Diaz de Vivar (Cid Campeador), con las que tomó á Valencia de los moros. En 1096 Alfonso casó con Zaida, hija de Mahomet-Ben-Abed, rey de Sevilla, con el fin de reunir sus fuerzas con las de éste para oponerse á Jusef, rey de los Almoravides, en Africa, que amenazaba á toda la España. Sin embargo, Jusef sorprendió á Sevilla, hizo prisionero á su rey y después batió las tropas de Alfonso que le habían salido al encuentro. En el año 1100 las venció segunda vez, y Jusef tomó á Valencia después de dos años de defensa. En 1108 envió un ejército contra los sarracenos que le derrotaron, muriendo en la acción el infante D. Sancho, su hijo. En 1110, 30 de Junio, murió Alfonso, habiendo tenido seis mujeres, Agueda, Inés, Constanza, Zaida, Isabel, Berta y Beatriz; y sin embargo, no dejó más que una hija legítima, llamada Urraca.

SIGLO XII.

Urraca, hija de Alfonso VI y de Constanza de Borgoña, sucedió á su padre. Su reinado fué una cadena no interrumpida de disturbios. Murió en 1126, dejando de Raimundo, conde de Galicia, su primer marido, un hijo llamado Alfonso, que le sucedió. En segundas nupcias había casado con Alfonso I el batallador, rey de Aragón y Navarra, su primo hermano, que la hizo poner en una clausura y la repudió públicamente en 1111. Este matrimonio fué declarado nulo después de un concilio de Palencia.

Alfonso VII sucedió á su madre Urraca. En 1128 casó con Berenguela, hija de Raimundo Berenguer III, conde de Barcelona. En 1135 juntó las cortes de todos sus estados, y se hizo coronar emperador. Alfonso se distin-

guió en varias expediciones contra los musulmanes, en batallas y en tomas de plazas, entre otras, las de Almería y Calatrava. Murió en 21 de Agosto de 1157, dejando de su primera mujer á Sancho y á Fernando, que se dividieron los estados, y de Richilda, su segunda mujer, hija de Uladislaio, duque de Polonia, á doña Sancha, mujer que fué de Alfonso II de Aragón.

Fernando II había sido reconocido rey de León, de Asturias y de Galicia, al mismo tiempo que su hermano Sancho lo fué de Castilla. Muerto éste en 1158, Fernando, para remediar las discordias de una menor edad, entró en Castilla con mano armada, se apoderó de muchas ciudades para gobernarlas en calidad de tutor. En 1160 desbarató en una batalla á los señores de Lara, que fomentaban las disensiones de Castilla. En 1163 tuvo unas conferencias con su sobrino Alfonso, en las que concertaron dar á los caballeros de San Juan la villa de Uclés, como antemural del reino de Toledo contra los moros. En 1187 murió Fernando, dejando de su primera esposa, doña Urraca, á Sancho y á García.

Alfonso I, hijo de Fernando II, sucedió á su padre, aunque nacido de matrimonio que había sido declarado nulo por causa de parentesco. Alfonso tuvo grandes disgustos y también su reino, á causa de sus dos matrimonios, graduados de nulidad por la Santa Sede. El primero fué con Teresa, hija del rey de Portugal, por cuyo motivo los reinos de León y Portugal fueron puestos en entredicho. El segundo matrimonio fué con Berenguela, hija del rey de Castilla, cuya dispensa no quiso conceder Inocencio III, el cual en 1202, viendo que hacían los dos príncipes vida conyugal y que habían tenido ya un hijo, que fué San Fernando, los excomulgó y puso entredicho en el reino de León. En 1204, Alfonso y Berenguela consintieron en separarse, y el papa Inocencio, anulando el matrimonio, legitimó los hijos, y Fernando el mayor, fué reconocido heredero de la corona en las cortes reunidas aquel año. En 1230 quitó á Mérida al rey moro de Granada, y alcanzó contra él una victoria completa, que facilitó la toma de Badajoz. Alfonso murió en Villanueva de Sarriá el 23 de Setiembre del mismo año. Había instituido á sus dos hijas, Sancha y Dulce, herederas de sus estados de

León, en perjuicio de su hijo Fernando, que ya era rey de Castilla por su madre doña Berenguela. La reina ajustó un convenio para evitar guerras y disturbios, y las dos infantas renunciaron á sus pretensiones. Por este medio todo el reino de León se unió al de Castilla perpétuamente, y ambos formaron una sóla monarquía, y sus soberanos tomaron desde entónces el título de *Reyes de Castilla*, cuyo origen y série pondremos á continuación.

REYES DE CASTILLA.

Castilla, después de haberse gobernado por jueces, y últimamente por condes que se hicieron soberanos, se unió á Navarra por muerte, sin hijos, de su último conde don García en 1028. En 1033 fué erigida en reino á favor de Fernando, hijo segundo de Sancho III, llamado el mayor, rey de Navarra, por medio de un tratado entre el mismo Sancho y Bermudo III, rey de León.

Fernando I, hijo segundo de Sancho III, rey de Navarra, y de doña Mayor, su mujer, fué reconocido rey de Castilla en el año 1035, cuyo estado le había cedido en dote Bermudo III, rey de León, cuando le dió por esposa á su hermana y heredera doña Sancha. Muerto Bermudo, Fernando heredó también por parte de su mujer el reino de León, reuniendo de este modo en su cabeza las dos coronas. Fernando murió en 1065, sucediéndole en el reino de Castilla su hijo mayor D. Sancho, y en el de León, el segundo, D. Alfonso.

Sancho I (ó II por contarse otro Sancho entre los condes de Castilla), el mayor de los hijos de Fernando, le sucedió en el reino de Castilla, y vivió en buena inteligencia con sus hermanos hasta la muerte de su madre doña Sancha. Después declaró la guerra á su hermano Alfonso, y llegó á despojarle del reino de León. Lo mismo hizo con el otro hermano García, quitándole la corona de Galicia que le había tocado en el reparto que hizo su padre de sus estados. Sancho fué muerto á traición en el sitio de Zamora en 1072, sin dejar sucesión. Castilla se reunió entónces otra vez al reino de León, cuyas dos coronas continuaron gobernándose por un sólo soberano hasta el año 1157, que fué el de la muerte de Alfonso VII.

SIGLO XII.

Sancho III, hijo primogénito de Alfonso VII y de doña Berenguela, de Barcelona, entró en posesión del reino de Castilla, montañas de Búrgos, Vizcaya y Toledo, que le cupo en la división que hizo su padre de todos sus estados entre Sancho y Fernando, tocando á éste el reino de León. En 1158 murió Sancho en 31 de Agosto, dejando de doña Blanca de Navarra un hijo, que le sucedió.

P. J.

(Se continuará.)

Ya han terminado los exámenes privados en las Escuelas de Institutrices y de Comercio, y el sábado 21 del corriente, á las ocho de la noche, darán principio los ejercicios públicos, comenzando por las alumnas de la última de las Escuelas mencionadas, y con sujeción al orden de asignaturas establecido en el Reglamento. Después sufrirán examen las aspirantes al título de Institutriz, verificándose los ejercicios de dibujo y música el domingo 22, á las diez de la mañana. Terminados todos estos actos, se reunirán para tratar de asuntos del mayor interés la Junta Directiva, la de profesores y la general, en los días 27 y 28, á las ocho de la noche las dos primeras, y á las diez de la mañana del día 29, la última.

El viernes, 3 de Noviembre, darán principio las clases; pues para esa fecha estarán ya terminadas las obras que se están ejecutando en el piso principal del edificio que ocupan las Escuelas de la Asociación, y que ésta también ha tomado para facilitar la concurrencia del extraordinario número de alumnas que á aquéllas concurren á recibir la útil y esmerada instrucción que allí se difunde por distinguidos profesores.

La matrícula para este curso, estará abierta hasta el 15 del citado mes de Noviembre.

MADRID: 1882.

IMP. DE U. GOMEZ Á CARGO DE DIEGO G. NAVARRO.

Calle de la Cabeza, núm. 26.